

época; pero así la guerra como las enfermedades habían diezmando mucha gente, y la paz había proporcionado á muchos el retiro para sus casas. Sólo se habían licenciado doce mil hombres, pero había un número diez veces mayor de desertores, y era muy difícil ensañarse contra unos hombres que habían defendido su patria por espacio de seis años y héchola triunfar de Europa á costa de su sangre. Quedaban los cuadros, que eran excelentes, y se debían llenar con otra quinta, adoptando, no una medida extraordinaria y temporal, sino general y permanente; en una palabra, era menester dar una ley que fuese en cierto modo parte inherente de la Constitución del Estado: esta fué la de la conscripción.

El general Jourdan fué quien dió el informe de aquella grande y buena ley, de la cual se ha abusado, como se abusa de todo lo de este mundo, pero que no por eso dejó de salvar á Francia y llevarla al mayor grado de su gloria. Por esta ley se declaró soldado de derecho á todo francés durante una época de su vida; época que se marcó de veinte á veinticinco años. Los jóvenes que llegaban á esta edad se dividían en cinco clases, año por año, y según la necesidad el gobierno llamaba á los quintos, empezando por la primera clase, la de veinte años, y por los que tenían menos edad en cada clase; pudiendo, si la precisión lo exigiese, llamar sucesivamente á las cinco clases. Los conscriptos, en tiempo de paz, estaban obligados á servir hasta los veinticinco años, y así el tiempo de servicio de los soldados variaba de un año á cinco, según hubiesen entrado desde la edad de veinte á veinticinco. En tiempo de guerra la duración del servicio era ilimitada, pues el gobierno debía expedir las licencias cuando creyese poderlo verificar sin inconveniente. Nadie se eximía de esta ley sino los que se hubiesen casado antes de su promulgación ó hubiesen servido ya en anteriores campañas. De este modo comprendía esta ley los casos ordinarios; pero en circunstancias extraordinarias, cuando la patria se hallaba en peligro, el gobierno tenía derecho, como en 93, para echar mano de toda la población, renovándose el levantamiento general.

Aquella ley quedó aprobada sin oposición alguna, considerándose como una de las más importantes obras de la revolución (1). El Directorio pidió ponerla en práctica inmediatamente, y declaró la quinta de doscientos mil conscriptos para completar los ejércitos y ponerlos en un pie respetable, á cuya petición se accedió por aclamación el 2 vendimiario, año VII (23 de septiembre de 1798). Aunque las dos oposiciones impugnaban con frecuencia al Directorio por disgusto ó por celos, sin embargo, querían que la república conservase su ascendiente en presencia de las potencias de Europa. Una quinta de hombres exige una contribución de dinero; y el Directorio pidió ciento veinticinco millones, noventa para el equipo de los doscientos mil conscriptos, y treinta y cinco para reparar el último descalabro de la marina. La cuestión se reducía á saber de dónde se sacarían.

El ministro Ramel probó que los pagarés para el reintegro de las dos terceras partes de la deuda se habían percibido casi en su totalidad, y quedaban cuatro-

(1) Esta ley fué expedida el 19 fructidor, año VI (5 de septiembre de 1798)

cientos millones en bienes nacionales, de los que se podía disponer libremente y destinarlos á cubrir las nuevas necesidades de la república; por lo tanto, se decretó la venta de ciento veinticinco millones de bienes nacionales, de los cuales una duodécima parte debía pagarse al contado y lo demás en obligaciones de los compradores, negociables á voluntad y pagaderas sucesivamente en un plazo de diez y ocho meses. Este papel podía equivaler á un pago al contado por la facilidad de endosarlo á los asentistas. Los bienes debían venderse en ocho veces más que su producto; y este recurso fué aprobado lo mismo que la ley de reemplazos, cuya consecuencia determinaba.

El Directorio podía de este modo hacer frente á las amenazas de Europa y sostener la dignidad de la república. Acababan de acontecer dos sucesos de mediana importancia: uno en Irlanda y otro en Ostende. Habíase sublevado la Irlanda, y el Directorio envió al general Humbert con mil quinientos hombres (2). Por desgracia se retrasó una remesa de fondos que debía hacer la Tesorería, y no pudo embarcarse otra división de seis mil hombres, mandada por el general Sarrazin, quedando Humbert sin apoyo. Habíase sostenido por largo tiempo, y lo bastante para probar que la llegada del esperado refuerzo hubiera cambiado enteramente el aspecto de los sucesos; pero después de una serie de gloriosos combates, acababa de verse obligado á deponer las armas con toda su gente. Un descalabro de la misma naturaleza, sufrido hacía poco por los ingleses, compensó esta pérdida. Los ingleses solían de vez en cuando arrojar algunas bombas sobre nuestros puertos del Océano, y trataron de hacer un desembarco para destruir las esclusas; pero acosados sin cesar é interceptados con sus navíos, quedaron hechos prisioneros en número de dos mil hombres.

A pesar de la alianza contratada por Austria con Rusia é Inglaterra, y de poder contar con un ejército ruero y un subsidio inglés, vacilaba sin embargo en empeñar la lucha con la república francesa. España, que veía con sentimiento volverse á encender la guerra en el continente, y que temía asimismo los progresos del sistema republicano y su ruina, porque en un caso podía introducirse en ella la revolución, y en el otro quedar castigada por su alianza con Francia, se había interpuesto de nuevo para aplacar á unos adversarios irritados, y su mediación, dando margen á discusiones y prometiendo alguna esperanza de arreglo, producía nuevas dudas en Viena ó al menos más demoras. En Nápoles, donde hervía un furor implacable, se indignaban por tanta tardanza, y se quería hallar un medio de empeñar la lucha para obligar á Austria á desnudar la espada. La locura de esta pequeña corte no tenía ejemplo: el destino de los Borbones era en aquella época ser inducidos por sus mujeres á todas las faltas; se había visto á tres á un tiempo en el mismo caso: Luis XVI, Carlos IV y Fernando IV. Ya conocemos la desgraciada suerte del primero; Carlos IV y Fernando IV se veían impulsados por la misma influencia, aunque por distinto camino, á una ruina inevitable. Habíase mandado al pueblo de Nápoles usar la escarapela inglesa;

(2) Desembarcó el 5 fructidor (22 de agosto), y fué batido y hecho prisionero el 22 (8 de septiembre) por el general Cornwallis.

Nelson era tratado como un dios tutelar; y se ordenó el alistamiento de la quinta parte de la población, especie de extravagancia, porque hubiera bastado armar bien la quincuagésima parte para ocupar un lugar entre las potencias. Cada convento debía facilitar un jinete equipado; púsose en venta una parte de los bienes del clero; duplicáronse todos los impuestos, y por último se llamó á Nápoles para mandar el ejército napolitano á Mack, aquel autor de proyectos desgraciados, cuyos planes militares produjeron tan mal éxito, y á quien el destino reservaba reveses de tan extraña especie. Concedieronle los honores del triunfo antes de vencer, y le dieron el título de libertador de Italia, el mismo que había llevado Bonaparte. A estos grandes medios se agregaban novenas á todos los santos, oraciones á San Jenaro y suplicios contra aquellos de quienes se sospechaba que eran afrancesados.

La pequeña corte de Nápoles continuaba sus intrigas en el Piamonte y en Toscana: quería que los piemonteses se sublevaran á espaldas del ejército que guardaba la Cisalpina y los toscanos á retaguardia del que vigilaba á Roma. Los napolitanos hubieran aprovechado la ocasión para atacar de frente al ejército de Roma, y también los austriacos para hacer lo mismo con el de la Cisalpina, augurándose de todas estas combinaciones que no se salvaría un solo francés. El rey del Piamonte, príncipe religioso, tenía algunos escrúpulos, á causa de su tratado de alianza con Francia; pero decíale que la fe prometida á opresores no obligaba, y que los piemonteses tenían derecho de asesinar hasta el último francés. Por lo demás, los escrúpulos no oponían aquí un obstáculo tan verdadero como la rigurosa vigilancia del Directorio. En cuanto al archiduque de Toscana, carecía enteramente de medios; y para decidirse, Nápoles prometió enviarle un ejército por la flota de Nelson.

El Directorio, por su parte, estaba en guardia y adoptaba sus precauciones. La república liguriana, encarnizada siempre contra el rey del Piamonte, había declarado al fin la guerra á este príncipe: á un odio de principios agregábase otro más antiguo de vecindad, y estas pequeñas potencias querían llegar á las manos á toda costa. El Directorio intervino en la disputa, significó á la república liguriana que era preciso deponer las armas, y declaró al rey del Piamonte que se encargaría de conservar la tranquilidad de sus Estados, pero que para ello debía ocupar algún punto importante. En su consecuencia, pidióle permiso para situar sus tropas en la ciudadela de Turín. Semejante pretensión no era justificable sino por los temores que la corte del Piamonte inspiraba; había incompatibilidad entre los antiguos y nuevos Estados, y no podían fiarse unos de otros. El rey del Piamonte opuso fuertes razones; mas no había medio de resistir á las demandas del Directorio: los franceses ocuparon la ciudadela y comenzaron á armarla en el acto. El Directorio había separado el ejército de Roma del de la Cisalpina, confiando el mando al general Championnet, que se distinguió antes en el Rhin. El ejército estaba diseminado en todo el Estado romano; en la Marca de Ancona había cuatro ó cinco mil hombres mandados por el general Casa-Bianca; el general Lemoine hallábase con dos ó tres mil en la pendiente opuesta del Apenino hacia Terni, y Macdo-

nald, con la izquierda, compuesta de unos cinco mil hombres, se había diseminado sobre el Tíber, quedando en Roma una pequeña reserva. El ejército llamado de Roma constaba, pues, de unos quince ó diez y seis mil hombres cuando más. La necesidad de vigilar el país y lo difícil que era mantenerlos nos había obligado á dispersar nuestras tropas; y si un enemigo activo y bien secundado hubiera sabido aprovechar la ocasión, podía muy bien hacer á los franceses arrepentirse de su aislamiento.

Contábase ya mucho con esta circunstancia en Nápoles, y se esperaba sorprender á los franceses y aniquilarlos por partes. ¡Qué gloria sería tomar la iniciativa, alcanzar el primer triunfo, y obligar al fin al Austria á seguir el ejemplo! Estas fueron las razones que indujeron á la corte de Nápoles á tomar la iniciativa: esperaba que los franceses serían derrotados fácilmente, y que Austria no podría vacilar cuando se hubiera desvainado el acero. Mr. de Gallo y el príncipe Belmonte-Pignatelli, que conocían un poco mejor la Europa y sus asuntos, oponíanse á que se tomara la iniciativa; pero se rehusó escuchar sus sabios consejos. Para decidir al pobre rey á dejar sus inocentes ocupaciones, se presentó una carta falsa del emperador, en que se excitaba á comenzar las hostilidades. Desde aquel momento se expidieron las órdenes de marchar á fin de noviembre; todo el ejército napolitano se puso en movimiento, y el mismo rey partió con gran aparato á fin de asistir á las operaciones. No medió declaración de guerra, y si sólo una intimación á los franceses para que evacuasen el Estado romano: contestaron á ella preparándose á la lucha á pesar de la desproporción del número.

En la respectiva situación de los dos ejércitos, nada era más fácil que derrotar á los franceses, dispersos en las provincias romanas, á derecha é izquierda del Apenino: era preciso marchar directamente sobre su centro y conducir el grueso de las fuerzas napolitanas entre Roma y Terni. La izquierda de los franceses, situada más allá del Apenino para guardar las Marcas, habría quedado separada de su derecha, que estaba más allá, para guardar las orillas del Tíber. De este modo se les impedía reunirse, rechazándolos en desorden hasta la alta Italia. Por lo menos quedaba la península libre, y entrarían Toscana, el Estado romano y las Marcas bajo la dominación de Nápoles. El número de tropas napolitanas hacía más fácil y seguro el plan; pero era imposible que Mack se valiese de una maniobra tan sencilla. Así como en sus antiguos planes, quiso rodear al enemigo por una multitud de cuerpos separados: tenía cerca de sesenta mil hombres, de los cuales formaban el ejército activo cuarenta mil y veinte mil las garniciones. En vez de dirigir esta masa de fuerzas sobre el punto esencial de Terni, dividióla en seis columnas: la primera, que debía obrar al otro lado del Apenino y en la longitud del Adriático, debía encaminarse por Ascoli á las Marcas; y la segunda y tercera, para operar al otro lado de los montes y unirse á la precedente, debieron dirigirse una hacia Terni y otra á Magliano. La cuarta y principal, que formaba el cuerpo de batalla, se dirigió contra Frascati y Roma; la quinta, costeando el Mediterráneo, recibió orden de recorrer las Lagunas Pontinas, reuniéndose con el cuerpo de batalla en la Vía

Apia; y en fin, la última, embarcada en la flota de Nelson, se dirigió á Liorna, para sublevar Toscana y cortar la retirada á los franceses.

En este orden se puso Mack en marcha con sus cuarenta mil hombres: los numerosos bagajes, la indisciplina de las tropas y el mal estado de los caminos entorpecían mucho los movimientos: el ejército napolitano formaba una larga cola sin orden y sin conjunto. Championnet, advertido á tiempo del riesgo, destacó dos cuerpos para observar la marcha del enemigo y proteger los destacamentos aislados que se replegaban. No creyendo que podría conservar á Roma, resolvió tomar posición detrás, en las orillas del Tíber, entre Civita-Castellana y Civita-Ducale, y concentrar sus fuerzas para tomar la ofensiva.

Mientras que Championnet se retiraba prudentemente y evacuaba á Roma, dejando ochocientos hombres en el castillo de San Angelo, Mack avanzaba con arrogancia por todos los caminos y parecía que no iba á encontrar resistencia. Llegó á las puertas de Roma el 9 frimario del año VII (29 noviembre 1798), y entró sin obstáculo, habiéndose preparado al rey una recepción triunfal.

Este pobre príncipe, tratado como conquistador y libertador, se embriagó con aquella especie de gloria militar que le habían preparado; pero aconsejaronle que hiciera un nuevo uso de la victoria é invitó al papa á que volviese á tomar posesión de sus Estados. Sin embargo, su ejército, menos generoso que él, cometió horribles saqueos; el populacho romano, con su acostumbrada volubilidad, precipitose sobre las casas de aquellos á quienes se acusaba de ser revolucionarios y las devastó: los despojos mortales del desgraciado Duphot fueron exhumados y profanados indignamente.

Mientras los napolitanos ocupaban así su tiempo en Roma, Championnet ejecutaba con rara actividad el hábil plan que se había propuesto. Comprendiendo que el punto esencial estaba en el centro, en el alto Tíber, hizo tomar á Macdonald una fuerte posición en Civita-Castellana, reforzándole con todas las tropas de que pudo disponer, después trasladó una parte de las que tenía en las Marcas hasta más allá del Apenino, y no dejó al general Casa-Bianca sino las que le eran estrictamente necesarias para retardar por esta parte la marcha del enemigo. Él mismo corrió á Ancona á fin de apresurar la llegada de sus parques y municiones. Sin intimidarse más de lo que convenía por lo que se preparaba á su espalda, en Toscana, encargó á un oficial, con un reducido destacamento, que observara lo que ocurría en aquella parte.

Los napolitanos hallaron por fin á los franceses en los diversos caminos que recorrían: eran tres veces más numerosos; pero tenían que habérselas con los famosos batallones de Italia, y vieron que era muy ardua la tarea. La columna que avanzaba por Ascoli fué rechazada á lo lejos por Casa-Bianca; en el camino de Terni, el general Lemoine copó á un coronel napolitano con todas sus fuerzas, haciéndole prisionero. Esta prueba de guerra con los franceses era poco propia para estimular á los napolitanos; pero Mack adoptó sus disposiciones para tomar la posición que consideraba como más importante, la de Civita-Castellana, donde Macdonald se hallaba con el grueso de nuestras tropas. Civita-

Castellana es la antigua Veies; está situada en un barranco, en una posición muy fuerte; y los franceses tenían varios puestos lejanos para cubrir las inmediaciones.

El 14 frimario del año VII (4 de diciembre), Mack mandó atacar á Borghetto, Nepi y Rignano por fuerzas considerables, dirigiendo por la orilla opuesta del Tíber una columna accesoria que debía apoderarse del último de dichos puntos. Ninguno de sus ataques dió buen resultado: una de las columnas, puesta en fuga, perdió toda su artillería; otra, cercada completamente, dejó en nuestro poder tres mil prisioneros; y desanimadas las otras, limitáronse á simples demostraciones. En ninguna parte, en fin, pudieron sostener las tropas napolitanas el choque de las francesas. Mack, algo desconcertado, renunció á tomar la posición central de Civita-Castellana, y comenzó á reconocer que no debía haber intentado forzar la línea enemiga por aquel punto. En Terni, posición más próxima al Apenino y menos defendida por los franceses, era donde debía descargar el golpe principal. Pensó, pues, en retirar sus tropas para conducir las desde Civita-Castellana á Terni; mas para ocultar este movimiento era menester una rapidez de ejecución imposible con tropas sin disciplina; necesitaba varios días para que repasara el Tíber el grueso del ejército, y Mack retardó por su propia falta una operación que era ya en sí demasiado lenta. Macdonald, á quien creía retener en Civita-Castellana con varias demostraciones, se había trasladado ya desde dicho punto más allá del Tíber. Lemoine recibía refuerzos en Terni, y así es que nos anticipamos á los napolitanos en todos los puntos que se proponían sorprender. El primer movimiento del general Metsch, desde Calvi sobre Otricoli, el 19 frimario (9 diciembre), no produjo sino un desastre, porque al volver desde Otricoli á Calvi se vió envuelto aquel general y obligado á deponer las armas con cuatro mil hombres á un cuerpo que constaba sólo de tres mil quinientos. Mack ya no pensó desde entonces sino en entrar en Roma y en replegarse desde esta ciudad al pie de las montañas de Frascati y Albano, para reunir su ejército y reforzarle con nuevos batallones; triste recurso en verdad, porque no era el número de soldados lo que debía aumentarse, sino su calidad, ni por retirarse algunas leguas del campo de batalla podía infundirles la disciplina y el valor de que carecían.

Al saber el rey de Nápoles aquellos tristes sucesos, salió furtivamente de Roma, donde había entrado algunos días antes en triunfo, mientras los napolitanos la evacuaban en desorden con gran satisfacción de los romanos, á quienes importunaba ya mucho más su presencia que antes la de los franceses. Championnet entró en Roma á los diez y siete días de su salida, habiendo merecido verdaderamente los honores del triunfo. Concentrándose hábilmente con quince ó diez y seis mil hombres, supo tomar la ofensiva contra cuarenta mil, rechazándolos ante sí en desorden; pero Championnet no quiso limitarse ya á la simple defensa de los Estados romanos, sino que concibió el audaz proyecto de conquistar el reino de Nápoles con su reducido ejército. La empresa era difícil, menos á causa de la fuerza del ejército napolitano que por la disposición de sus habitantes, quienes podían hacernos una guerra de partido

muy larga y peligrosa. Championnet no persistió menos en avanzar: salió de Roma para seguir á Mack en su retirada, hízole en el camino numerosos prisioneros, y derrotó completamente la columna que había desembarcado en Toscana, de la cual escaparon sólo tres mil hombres.

Mack, completamente desmoralizado, replegóse rápidamente al reino de Nápoles, y no se detuvo hasta hallarse delante de Capua, sobre la línea del Volturno; eligió sus mejores tropas, y situólas delante de Capua, sobre toda la línea del río, que es muy profundo y forma una barrera difícil de franquear. Entretanto el rey había entrado en Nápoles, y su repentina vuelta difundió la confusión. Furioso el pueblo por los descalabros del ejército, gritaba traición, pedía armas, y amenazaba dar muerte á los generales y ministros y á todos aquellos á quienes atribuía las desgracias de la guerra. También quería matar á los que se acusaba de querer los franceses y la revolución. Aquella corte odiosa no vaciló en dar á los lazzaroni armas, cuyo uso era fácil de prever. Apenas hubieron recibido esta especie de bárbaros los despojos de los arsenales, sublevaronse y se hicieron dueños de Nápoles; y gritando siempre traición, cogieron á un mensajero del rey y asesinaronle. El favorito Acton, á quien se comenzaba á atribuir las desgracias públicas, la reina, el rey y toda la corte estaban poseídos de espanto. Nápoles no parecía ya una residencia bastante segura, y al punto se propuso y adoptó la idea de refugiarse en Sicilia. El 11 nivoso (31 diciembre) fueron embarcados en la flota de Nelson los ricos muebles de la corona, todos los tesoros de los palacios de Caserta y Nápoles y además veinte millones; la escuadra se hizo á la vela al momento en dirección á Sicilia. Acton, autor de todas las calamidades públicas, no quiso arrostrar los peligros de residir en Nápoles y embarcóse con la reina. Todo lo que no era posible llevar fué quemado. En medio de una tempestad y al resplandor de las llamas del incendio, abandonó á los peligros aquella corte cobarde y criminal el reino que había comprometido. Dícese que dejó la orden para entregar á la matanza á la clase media principal, acusada de espíritu revolucionario. Todo debía ser sacrificado hasta la clase de notario. El príncipe Pignatelli permaneció en Nápoles, encargado de los poderes del rey.

Entretanto Championnet avanzaba sobre Nápoles, habiendo cometido á su vez la misma falta que Mack, pues formó varias columnas que debían reunirse delante de Capua. La operación era muy incierta á través de un país difícil de recorrer y, en medio de un pueblo fanático, sublevado en todas partes contra los supuestos enemigos de Dios y de San Jenaro.

Championnet llegó con su cuerpo principal á orillas del Volturno, y quiso hacer una tentativa contra Capua, pero rechazado por una numerosa artillería, vióse en la necesidad de renunciar á este golpe y retirar sus tropas, esperando la llegada de las demás columnas. Verificóse esta tentativa el 14 nivoso, año VII (3 enero de 1799), y los soldados napolitanos sublevados por todas partes interceptaban nuestros correos y convoyes, sin que Championnet tuviese noticia alguna de sus columnas, pudiendo considerarse su situación en un estado muy crítico. Mack aprovechó esta ocasión para entrar

con él en negociaciones amistosas, y Championnet, contando con la fortuna de los franceses, las rechazó audazmente todas; sólo cuando llegaron sus columnas accedió á un armisticio con las siguientes condiciones: Mack debía abandonar la línea del Volturno, ceder la ciudad de Capua á los franceses, retirarse detrás de la línea de los Regi-Lagni, por la parte del Mediterráneo, y del Ofanto por la del Adriático, cediendo así gran parte del reino de Nápoles. Además de estas concesiones de territorio se estipuló otra de ocho millones en dinero, y el armisticio se firmó el 22 nivoso.

Cuando en Nápoles se supo la noticia del armisticio, se enfureció de nuevo el pueblo y empezó á gritar con mayor cólera que nunca que los oficiales de la corona le eran traidores. La presencia del comisario encargado de percibir la contribución de los ocho millones hizo que el populacho se propasase á los mayores excesos, amotinándose é impidiendo la ejecución del armisticio.

Llegó el alboroto hasta tal punto, que atemorizado el príncipe Pignatelli, abandonó á Nápoles, quedando aquella hermosa capital á discreción de los lazzaroni.

No había en ella autoridad alguna reconocida y amenazaba un horrible trastorno; mas al fin, después de tres días de confusión, pudieron elegir un jefe en quien los lazzaroni confiaban mucho, y que tenía medios para reprimirlos; éste fué el príncipe de Moliterno. Entretanto el ejército de Mack se conducía con el mismo furor, cuyos soldados, lejos de atribuir sus desgracias á su propia cobardía, se las imputaron á su general y quisieron degollarle. El pretendido libertador de Italia, que un mes antes había recibido los honores del triunfo, no halló más asilo que el campamento de los franceses. Pidió licencia á Championnet para buscar un amparo á su lado, y el generoso republicano, olvidando el indigno lenguaje empleado por Mack en su correspondencia, le dió refugio, haciéndole sentar á su mesa y permitiéndole llevar la espada.

Championnet, autorizado por la oposición de Nápoles á llevar á efecto las condiciones del armisticio, se adelantó hacia esta capital con el fin de apoderarse de ella: no dejaba de ser difícil, porque un inmenso pueblo que hubiera sido arrollado en el campo raso por unos cuantos escuadrones de caballería, era temible detrás de las murallas de una ciudad, y así hubo algunos choques antes de aproximarse á la plaza, en los cuales los lazzaroni mostraron más valor que todo el ejército napolitano. La inminencia del peligro había aumentado su saña, y el príncipe de Moliterno, que quería aplacarlos, cesó bien pronto de ser su ídolo, y eligieron por jefes á dos de ellos, llamados Paggio y Miguel el loco.

Llegó el desorden hasta el extremo de que todos los interesados en la tranquilidad deseaban la entrada de los franceses, y los habitantes fueron á decir á Championnet que se unirían á él para entregarle la ciudad, obligándose el mismo príncipe de Moliterno á apoderarse del fuerte de San Telmo y entregarle á los franceses.

El día 13 de enero dió Championnet el asalto, y aunque los lazzaroni se defendieron valerosamente, habiéndose los vecinos apoderado del fuerte de San Telmo y de diferentes puntos de la ciudad, dieron entrada á los franceses. Los lazzaroni, sin embargo, fortificados

en las casas, estaban dispuestos á defenderse de calle en calle, y acaño á incendiar la ciudad; pero quedó prisionero uno de sus jefes, se le trató con mucho miramiento, le prometieron respetar á San Jenaro y obtuvieron por fin que hiciese deponer las armas á todos los suyos.

Championnet hallóse desde aquel instante dueño de Nápoles y todo el reino, apresurándose á restablecer el orden y desarmar á los lazzaroni. Proclamó la nueva república, según los deseos del gobierno francés, dándole el nombre antiguo de república partenopea. Este fué el resultado de las locuras y maldades de la corte de Nápoles. Dos meses y veinte mil franceses bastaron para aniquilar sus grandes proyectos y cambiar en república sus Estados. Esta corta campaña valió desde luego á Championnet una reputación gloriosa, y con tal motivo el ejército de Roma se llamó desde entonces de Nápoles, y separándole del de Italia, Championnet quedó independiente de Joubert.

Mientras en la península ocurrían estos sucesos, se había consumado al fin la ruina del reino piomontés. Por una precaución que disculpaban las circunstancias, Joubert se había apoderado ya de la ciudadela de Turín, armándola con la artillería tomada en los arsenales piomonteses; pero esta precaución era insuficiente en el actual estado de cosas. El Piomonte seguía alterado, donde los republicanos hacían sin cesar nuevas tentativas, y aun acababan de perder seiscientos hombres por haber tratado de sorprender á Alejandría. Una comparsa de máscaras que salieron de la ciudadela de

Turín, donde se hallaba representada toda la corte, y que era obra de los piomonteses y de los oficiales franceses, á quienes siempre no podían reprimir sus generales, estuvo á punto de trabar un sangriento combate con los del mismo Turín. La corte del Piomonte no podía ser amiga nuestra, lo cual estaba bien demostrado con la correspondencia del ministro de Nápoles con Mr. de Priocca, ministro director del Piomonte. En semejantes circunstancias, Francia expuesta á una nueva guerra, no podía dejar en su comunicación de los Alpes luchando á dos partidos y un gobierno enemigo. Tenía sobre la corte del Piomonte el derecho que tienen los defensores de una plaza sobre todos los edificios que estorban ó comprometen la defensa. Decidióse que se obligaría á abdicar al rey del Piomonte, apoyóse á los republicanos, y les ayudaron á apoderarse de Novara, Alejandría, Suiza y Chivasso. Entonces se manifestó al rey que no podía permanecer más en unos Estados que se sublevaban é iban á ser en breve el teatro de la guerra, pidiéndole su abdicación el 19 frimario (9 diciembre de 1798). Así, los dos príncipes más poderosos de Italia, el de Nápoles y el del Piomonte, no tenían en sus Estados más que dos islas. En las circunstancias que se preparaban no quisieron tomarse el trabajo de crear una nueva república, sino que, hasta ver el resultado de la guerra, se resolvió que Francia administrase interinamente el Piomonte. En toda Italia no quedaba por invadir más que la Toscana, y necesitábase sólo para ocuparla una simple indicación; pero se difería hasta que Austria hubiese declarado formalmente la guerra.

CAPÍTULO XV

Estado de la administración de la república y de los ejércitos á principios de 1799. — Preparativos militares. — Leva de doscientos mil hombres — Medios y planes de guerra del Directorio y de las potencias coligadas. — Declaración de guerra al Austria. — Inauguración de la campaña de 1799. — Invasión de los Grisonos. — Combate de Pfullendorf. — Batalla de Stockach. — Retirada de Jourdan — Operaciones militares en Italia. — Batalla de Magnano. — Retirada de Scherer. — Asesinato de los plenipotenciarios franceses en Rastadt. — Electo de nuestros primeros reveses. — Acusaciones multiplicadas contra el Directorio. — Elecciones del año VII. — Sieyes nombrado director en reemplazo de Rewbell.

Tal era el estado de cosas á principios del año 1799: según los acontecimientos que acabamos de referir, la guerra no era ya dudosa. Por otra parte, las correspondencias interceptadas, el repentino levantamiento de la corte de Nápoles, que no hubiera tomado la iniciativa sin la seguridad de una intervención poderosa, los inmensos preparativos de Austria, y en fin, la llegada de un cuerpo ruso á Moravia no dejaban la menor incertidumbre. Corría el nivoso (enero de 1799), y era evidente que las hostilidades comenzarían antes de dos meses. Así, pues, quedaba probada por los hechos la incompatibilidad de los dos grandes sistemas que la revolución puso en presencia uno de otro.

Al comenzar el año 1798 Francia tenía tres repúblicas á sus lados, la bátava, la cisalpina, y la liguriana, y ya existían seis á fines de este año, por la creación de las repúblicas helvética, romana y partenopea; y esta extensión había sido menos el resultado del espíritu de conquista que del de sistema. Había sido necesario socorrer á los vaudeses oprimidos; en Roma fueron provocados los franceses á vengar la muerte del infeliz Duphot, inmolado al querer separar los dos partidos, y en Nápoles no se hizo más que rechazar una agresión. Así, pues, fué forzoso empeñar de nuevo la lucha. Está probado que el Directorio, aunque teniendo gran confianza en el poderío francés, deseaba, sin embargo, la paz, por razones políticas y financieras; y también está reconocido que el emperador, aunque deseando la guerra, quería alejarla aún. Sin embargo, todos se habían conducido cual si quisieran trabar inmediatamente la lucha; tan grande era la incompatibilidad de los dos sistemas.

La revolución había inspirado, pues, al gobierno francés una confianza y una audacia extraordinaria. El último acontecimiento de Nápoles, aunque de poca consideración en sí, acababa de persuadirle que todo debía ceder ante las bayonetas francesas, opinión que por lo demás profesaba toda Europa. Necesaria era la inmensidad de los medios reunidos contra Francia para que sus enemigos se atrevieran á medirse con ella; pero esta confianza del gobierno francés en sus fuerzas era exagerada, y ocultábase una parte de las dificultades de su posición. Lo que siguió ha probado que sus recursos eran inmensos; pero que en aquel instante no estaban suficientemente asegurados para garantizar la victoria.

El Directorio tenía que administrar, no sólo Francia, sino también Holanda, Suiza y toda Italia, convertidas en otras tantas repúblicas. Según se ha visto, administrarlas por mediación de su gobierno era todavía más difícil que si se hubiera mandado directamente en ellas; apenas se podía sacar algún recurso en dinero y hombres, todo por la falta de organización; pero debíase, sin embargo, defenderlas, y por lo tanto combatir en una línea que desde el Texel se extendía sin interrupción hasta el Adriático, línea que atacada de frente por Rusia y Austria, era sorprendida por la espalda por las flotas inglesas, ya en Holanda ó en Nápoles. Las fuerzas que semejante situación militar exigía debían salir sólo de Francia, y los ejércitos estaban singularmente reducidos, hallándose en Egipto, á las órdenes de nuestro gran capitán, cuarenta mil soldados de los mejores. Los ejércitos que permanecían en Francia habían disminuído en una mitad por efecto de las desertiones que siempre produce la paz; el gobierno pagaba el mismo número de soldados; pero tal vez no tenía ciento cincuenta mil efectivos. Las administraciones y los estados mayores se beneficiaban con la paga, y era un exceso de gasto inútil para la Hacienda. Estos cincuenta mil hombres efectivos formaban cuadros excelentes, que se podían llenar con la nueva leva; pero necesitábase tiempo para esto, y no se había tenido suficiente desde el establecimiento de la quinta.

Por último, la Hacienda seguía siempre en el mismo lastimoso estado por la mala organización para los ingresos. Habíase votado un presupuesto de seiscientos millones y un recurso extraordinario de ciento veinticinco, tomados de los cuatrocientos restantes de bienes nacionales; pero la lentitud con que se efectuaba el ingreso, y el error en la evaluación de ciertos productos, dejaban un déficit considerable. Por último, comenzaba á desaparecer la subordinación indispensable en tan inmensa máquina. No se podía ya contener fácilmente á los militares: aquella situación de guerra perpetua les hacía comprender que eran necesarios, y mostrábase imperiosos y exigentes. Situados en ricos países, querían aprovecharse, y hacíanse cómplices de todas las expropiaciones; también pretendían que sus opiniones triunfasen allí donde se hallaban, y no obedecían sin dificultad á la dirección de los agentes civiles, como hemos visto en la disputa de Brune con Tróuvé. Por último, en